

**El novecentismo argentino:
reformismo y decadentismo.
La revista CUADERNO
del Colegio Novecentista, 1917-1919.
Alejandro Eujanian**

Alejandro Eujanian es Investigador y Docente en la cátedra Corrientes Historiográficas Latinoamericanas y Argentinas, de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario.

E-mail: aeujania@agatha.unr.edu.ar

Resumen

En este artículo, el autor analiza el itinerario político intelectual de una fracción del movimiento antipositivista argentino agrupada bajo el lema del novecentismo. A través del análisis de su publicación, la revista *Cuaderno* revela las diversas aspiraciones que inspiraron el reformismo universitario, y muestra de qué modo las coincidencias iniciales de los miembros del grupo respecto a su antagonismo con la generación precedente y el positivismo, comenzarían a resquebrajarse como resultado de las diversas posiciones que sus integrantes asumen tras los sucesos de la Reforma Universitaria y la Revolución Rusa.

Summary

In this article, the author analyses the political and intellectual itinerary of a fraction of the Argentine antipositivist movement, grouped under the «novecentismo» motto. From the analysis of their publication, the magazine *Cuaderno* reveals the different aspirations that inspired the university reformism, and shows in which way the initial coincidences of the group members, in relation to their antagonism with the preceding generation and the positivism, will begin to crack as a result of the different positions that its members assume after the events of the University Reform and the Russian Revolution.

Introducción

El movimiento de la Reforma Universitaria iniciado en la Universidad de Córdoba el 15 de junio de 1918 y proyectado inmediatamente a otras universidades del país y de América Latina,¹ ha sido objeto de una variedad de interpretaciones desde el mismo momento en el que se produjeron los sucesos.² Todas ellas han puesto el acento en la experiencia común de un sector de la juventud argentina que se convirtió en protagonista central de una acción destinada a transformar las prácticas políticas, pedagógicas y científicas vigentes en los claustros para, a partir de allí, fomentar un cambio social más vasto.

De este modo, el movimiento reformista fue visto como un capítulo más de una larga historia de enfrentamientos bipolares en la sociedad argentina. Una imagen que no era en absoluto caprichosa, ya que los propios estudiantes tendieron a verse a sí mismos como los verdugos del último bastión del orden colonial, jerárquico y clerical, en el país. Por ese motivo, la juventud que encabezaba la protesta fue concebida como un agente homogéneo que no presentaba en su interior demasiados matices ni fisuras. Por el contrario, su uniformidad se expresaba en un abigarrado conjunto de ideas y principios compartidos por los estudiantes: co-gobierno de estudiantes, profesores y graduados; ampliación del acceso a los estudios universitarios; adecuación de la enseñanza a los modernos criterios científicos; autonomía académica; ruptura con respecto al clima de ideas precedente; y elevación de la juventud al rango de agente privilegiado para propiciar una inmediata transformación social. Una agenda que, si bien no era del todo novedosa ya que recogía aspiraciones promovidas por los estudiantes desde comienzos de

¹ La Reforma Universitaria se inició en la ciudad de Córdoba, sede de una de las universidades más conservadoras y tradicionales del país, el 15 de junio de 1918. Ese día, los estudiantes se declararon en huelga general y tomaron por asalto la Universidad. Rápidamente, el movimiento se expandió a las universidades de Buenos Aires, La Plata y del Litoral. Al poco tiempo, adquiriría carácter continental, al proyectarse a los ambientes estudiantiles de Lima y México. Para un análisis de las manifestaciones reformistas en el escenario americano, ver: Daniel Levy, *Universidad y gobierno en México, la autonomía en un sistema autoritario*, México, FCE, 1987; Víctor Haya de la Torre, *Obras completas de Víctor Raúl Haya de la Torre*, Lima, Mejía Vaca, 1977; Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz/SEP, 1986.

² Respecto a los trabajos escritos al calor de la Reforma o en los años inmediatamente posteriores por sus protagonistas, pueden mencionarse: Rafael Bielsa, *Régimen y cuestiones universitarias*, Buenos Aires, Facultad de Derecho, 1928; Carlos Cossio, *La Reforma Universitaria*, Buenos Aires, 1923; Gabriel Del Mazo, *La Reforma Universitaria*, Buenos Aires, 1916-1927; Julio González, *La Reforma Universitaria*, Buenos Aires, Sagitario, 1927; Julio González, *La*

Revolución Universitaria, Buenos Aires, Nosotros, 1922; José Ingenieros, *La Universidad del porvenir*, Buenos Aires, Ateneo, 1920; Alfredo Palacios, *La Universidad nueva*, Buenos Aires, 1925; Alfredo Palacios, *Universidad y Democracia*, Buenos Aires, Claridad, 1928; Héctor Ripa Alberdi, *Obras*, La Plata, 1925; Deodoro Roca, *La Reforma Universitaria*, Buenos Aires, 1926; Carlos Sánchez Viamonte, *La cultura frente a la Universidad*, Buenos Aires, Samet, 1928; Juan B. Terán, *Una nueva universidad*, Tucumán, 1918. En cuanto a los estudios dedicados al análisis de dicho objeto de estudio, algunos de ellos son: María Calderari y Patricia Funes, *Escenas reformistas. La Reforma Universitaria 1918-1930*, Buenos Aires, EUDEBA, 1998; Alberto Ciriá y Horacio Sanguinetti, *Los Reformistas*, Buenos Aires, J. Alvarez, 1968; Alberto Ciriá y Horacio Sanguinetti, *La Reforma Universitaria*, Buenos Aires, CEAL, 1987; Dardo Cúneo, *La Reforma Universitaria 1918-1939*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980; Tulio Halperín Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1962; Néstor Kohan, *Deodoro Roca, el hereje*, Buenos Aires, Biblos, 1999; Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina*, México, Siglo XXI, 1978.

siglo, encontraba durante los primeros años del gobierno radical condiciones más propicias para su incorporación al debate político cultural.³

Tales tópicos, que conformaban la agenda reformista, surgían también de un diagnóstico compartido respecto a las rémoras que arrastraba una universidad argentina cuya parálisis contrastaba notablemente con los cambios que se estaban produciendo en el país y en el mundo. En efecto, los resultados de la democratización política auspiciada por la Ley Sáenz Peña ambientaban las aspiraciones de los estudiantes de romper con las cadenas que amarraban a la antigua dominación monárquica y monástica un régimen universitario que juzgaban anacrónico.⁴ Al mismo tiempo, los acontecimientos externos enmarcados en el clima de la posguerra europea y, particularmente, de la revolución rusa daban cuenta de un mundo que se desgarraba en el mismo escenario hacia el cual los intelectuales habían orientado durante décadas sus representaciones de la civilización y sus aspiraciones de progreso.

El malestar que la situación nacional e internacional despertaba en la juventud era analizado a partir de las perspectivas aportadas por un nuevo clima de ideas dominado por un espiritualismo idealista que, desde principios de siglo, había contribuido ofreciendo valores e ideales antagónicos a los del positivismo y, a la vez, con una interpretación de la modernidad que si bien no sugería un rumbo alternativo a ella sí permitía precisar, con notable sencillez y poder de seducción, cuáles eran sus efectos más nocivos para el futuro de los pueblos americanos.

Sin embargo, si bien la Reforma contribuyó a condensar una serie de aspiraciones promovidas por estudiantes que asumían una representación juvenilista de la acción social cuyo cauce inicial se encontraba en el «arielismo» de Rodó, al poco tiempo, una vez logrados los objetivos inmediatamente políticos del movimiento, comenzarían a emerger las diferentes proyecciones atribuidas al reformismo y las diversas lecturas que surgían en relación con hechos extrínsecos a la propia causa universitaria.

Nuestra intención en este artículo es analizar el proceso de constitución, consolidación y crisis de una fracción del reformismo inspirada en el novecentismo. A partir del análisis de esta experiencia particular pretendemos poner en evidencia no ya las coincidencias suficientemente remarcadas dentro del reformismo sino,

³ En efecto, desde comienzos de siglo se habían ido conformando centros estudiantiles en las facultades de la Universidad de Buenos Aires, al mismo tiempo que se producían las primeras huelgas destinadas a remover los obstáculos existentes para la aprobación de exámenes y a cuestionar algunos resultados del mecanismo de selección de profesores titulares. Esa etapa del proceso culminaría con la reforma de los estatutos de la UBA en 1906. Para un análisis de estos aspectos, así como de los temas tratados en los primeros encuentros de estudiantes americanos: Susana García, «Embajadores intelectuales. El apoyo del estado a los congresos de estudiantes

americanos a principios del siglo XX», en: *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, N° 19, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2000, p.p. 65-84.

⁴ Esta última expresión, que asignaba a los estudiantes el rol de constituirse en el jalón definitivo de una batalla contra el antiguo régimen que se había iniciado en mayo de 1810, aparece en el *Manifiesto Liminar* de la juventud cordobesa redactado por Deodoro Roca, uno de los líderes del movimiento. Deodoro Roca, «La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sud América», en: Dardo Cúneo (comp.), *La Reforma Universitaria*, Biblioteca Ayacucho, 1978.

en cambio, los tópicos a partir de los cuales irían emergiendo lentamente las discrepancias, cuando no, irreconciliables antagonismos.

Hemos centrado nuestra investigación en el grupo conformado por el Colegio Novecentista y en su publicación, la revista Cuaderno, con el fin de analizar el itinerario de una fracción del movimiento antipositivista argentino en una etapa que abarca los años previos e inmediatamente posteriores a la Reforma Universitaria de 1918. Para ello examinaremos, en primer lugar, las características orgánicas de la institución y los cuadros universitarios que la constituyeron. En segundo lugar, precisaremos los ideales, principios y valores compartidos por sus miembros en contradicción con el ideario del positivismo. Al mismo tiempo, pondremos atención a la doble operación destinada a articular alianzas con otros sectores de la reacción antipositivista paralelamente a que se delimitaban los espacios de convergencia entre ellos. En tercer lugar, pretendemos localizar aquellos aspectos filosóficos y políticos que generaron mayores disidencias entre los miembros del grupo. Finalmente, nos dedicaremos a poner en evidencia de qué modo la revolución en Rusia y la reforma universitaria generarían fracturas en el interior de la propia institución.

El Colegio Novecentista

El Colegio Novecentista fue una institución constituida por un grupo de jóvenes universitarios –algunos recientemente egresados y otros en la etapa de finalización de sus estudios– agrupados inicialmente con el fin de oponer resistencia a lo que entendían, era un perjudicial predominio del positivismo en los claustros docentes de las Facultades de Filosofía y Letras y de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, y en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de La Plata.

Con ese objetivo convocante se propusieron llevar a cabo un conjunto de acciones destinadas a cuestionar los valores y principios imperantes en el ambiente intelectual de la época por medio de seminarios y conferencias dictados por algunos de los miembros del Colegio y de la publicación de la revista Cuaderno, que llegó a editar 8 números entre julio de 1917 y julio de 1919.⁵ Al mismo tiempo, anunciaron la edición bimestral de obras de escritores argentinos y extranjeros de las que sólo se llegaron a publicar cinco volúmenes, cuyos autores eran miembros activos de la institución: *La otra arcadia*, libro de versos de Teófilo de Sais; *Impresiones*, de Alberto Britos Muñoz; *El irredimido*, de Adolfo Korn Villafañe; *Cantos*, de Jorge M. Rohde; y *La Religión y el Estado*, de Tomás D. Casares.

En cuanto a la institución, sus estatutos establecían criterios jerárquicos y selectivos para los miembros del Colegio. Contaba con un presidente –en la primera etapa con

⁵ Un indicio para evaluar el alcance de algunas de estas acciones es la poca recepción que logró un Seminario sobre Filosofía Contemporánea. Al mismo sólo asistieron catorce personas, hecho que no parecía inquietar a sus organizadores. Por el contrario, la escasa asistencia era atribuida a que en Buenos Aires había menos personas de valla intelectual de lo que imaginaban.

el título de Encargado de Negocios– un secretario, un tesorero y miembros. Para incorporarse los miembros, que no podían ser menos de tres ni más de treinta, debían ser propuestos por al menos uno de los integrantes y ser aceptados por la Asamblea, bastando tres votos en contra para que la solicitud fuese denegada.⁶ Por otro lado, se establecía que los miembros del Colegio no podían entrar en polémicas entre sí –cláusula que como veremos más adelante fue escasamente respetada– y que tendrían derecho de preferencia en las publicaciones, no pudiendo ser sus trabajos rechazados.⁷ Mientras tanto, la condición de socios sería reservada para aquellas personas que tuvieran afinidad de ideas con el Colegio y pagaran una cuota mensual de \$1,00 m/n, contribución por la que recibirían a cambio la revista y que les otorgaba el derecho a asistir a los cursos y conferencias organizadas por la institución.

Lejos estuvo el Colegio de llegar alguna vez al techo de treinta miembros que sus estatutos establecían como límite. El máximo, dieciocho, coincidió con el momento de su conformación original que, a partir de allí, sufrió una constante disminución hasta llegar a los escasos doce integrantes de la institución para 1919. Dos razones se pueden mencionar para explicar su limitada expansión durante esos dos años. La primera, estaría vinculada al carácter selectivo de un estatuto que no sólo no auspiciaba una ampliación de sus cuadros sino que, por el contrario, tendía a dificultar la incorporación de nuevos miembros.

La segunda razón es posible atribuirlos a los conflictos internos que sacudieron la institución desde el comienzo, debidos en gran parte a las diferentes orientaciones que sus miembros pretendían otorgarle al movimiento. A lo largo del transcurso de la experiencia se pueden reconocer tres momentos de inflexión. El primero coincidió con la publicación del número III de la revista Cuaderno en el mes de diciembre de 1917, ocasión en la que se produjo el alejamiento de Julio Noé de la presidencia. El segundo, se refleja en la publicación del número VI de la revista correspondiente al mes de junio de 1918. En esa ocasión, se produjo la salida de Adolfo Korn Villafañe y su reemplazo por Vicente Pessolano, un histórico de la institución, en el cargo de presidente. Pero más importante aún es la aparición de nuevos miembros en puestos claves, como Gonzalo Muñoz Montoro en calidad de Secretario General y Juan Probst acompañando en el secretariado a Jorge M. Rohde y a Tomás D. Casares. Al mismo tiempo, se incorporaban en calidad de miembros tres figuras que serían fundamentales en el tercer momento de la institución: Roberto Romariz Elizalde, Luis Magnanini y Santiago Biggi; presidente, secretario general y secretario y director de la revista, respectivamente, al momento de la publicación del número VIII de Cuaderno en julio de 1919.

De este proceso, en el que se puede apreciar el resultado de agudos conflictos internos, es posible sacar, a priori de otros análisis, dos conclusiones. En primer lugar, de aquellos que habían conformado la institución originalmente sólo permanecieron

⁶ «Estatuto del Colegio Novecentista», artículos 15 y 16, en: *Cuaderno*, VI, p. 184.

⁷ «Estatuto del Colegio Novecentista», artículo 21, en: *Cuaderno*, VI, p. 185.

hasta julio de 1919 Tomás D. Casares, Ventura Pessolano, Jorge M. Rohde y Alvaro Melián Lafinur. Por otro lado, la consolidación del liderazgo de Tomás D. Casares y Jorge M. Rohde en el Colegio,⁸ al menos entre diciembre de 1917 y comienzos de 1919.

En cuanto a las ideas que promovía el Colegio, no sólo no eran marginales en el ambiente intelectual de la época sino que, por el contrario, la tendencia espiritualista comenzaba a ser dominante en el campo intelectual argentino a partir del centenario de la Revolución de Mayo.⁹ En esos años la reacción antipositivista actuó como un principio aglutinante de tendencias culturales cuyas orientaciones filosóficas y políticas eran diversas entre sí. Para los jóvenes, el núcleo convocante del antipositivismo representaba tanto una reacción respecto al clima de ideas precedente como un modo de instrumentar eficazmente los motivos estrictamente académicos que justificaban, en esa hora, el desplazamiento de las cátedras de los viejos hombres del «ochocientos» en beneficio de quienes se sentían portadores de nuevos ideales que, poco después, verían expresados por la Reforma Universitaria. Dicha finalidad, capaz de articular demandas difusas en los inicios del movimiento, mostró su carácter perentorio cuando los objetivos centrados en la promoción de un recambio generacional fueron parcialmente alcanzados. A partir de ese momento, la pluralidad de opciones y posiciones que lo inspiraban se revelarían como irreconciliables entre sí.

⁸ Podemos seguir el movimiento de miembros en el Colegio a través de su publicación y reconstruir los movimientos producidos en su cuerpo directivo siguiendo los elencos que aparecen consignados en cada número de la revista. A partir del número I, de julio de 1917, el colegio estaba formado por los siguientes miembros: Julio Noé (Encargado de Negocios); Carlos C. Malagarriga (Secretario); Carlos Bogliolo (Tesorero) y en calidad de miembros: Santiago Baqué, Adolfo Korn Villafañe, Cesar Fernández Moreno, Benjamín Taborga; Jorge M. Rohde, Carmelo Bonet, Tomás D. Casares, Álvaro Melián Lafinur, Roberto Gaché, Ventura Pessolano, Vicente D. Sierra, José Gabriel, Alfonso de Laferrere, José Catarell Dart y Víctor Juan Guillot. Los tres últimos ya no estarán presentes en el segundo número de agosto del mismo año y se incorpora Juan Rómulo Fernández. En el tercer número, diciembre de 1917, se produce el primer movimiento importante cuando Adolfo Korn Villafañe ocupa la presidencia y Tomás D. Casares y Jorge M. Rohde, comparten junto a Carlos Bogliolo la secretaría; por otro lado, se incorporan Valentín Méndez Calzada y Julio Hanón. Julio Noé desaparece de la institución en el número IV, de febrero de 1918, y aparecen como corresponsales: Walter Elena en La Plata y Adolfo Bazán en Quilmes, no habiendo otros cambios hasta el número VI de junio de 1918. Ventura Pessolano ocupará la presidencia; Gonzalo Muñoz Montoro será el secretario y Juan Probst se incorpora a la secretaría

desplazando a Carlos Bogliolo; como miembros se incorporan: Luis Magnanini; Roberto Romariz Elizalde y Santiago Biggi; en tanto que ya no estarán más la mayoría de los miembros fundadores: Santiago Baqué, José Gabriel, Roberto Gaché, Vicente Sierra, Julio Hanón y Carmelo Bonet. Con el número VII se produce el desplazamiento de Juan Probst de la secretaría por parte de Roberto Romariz Elizalde y se incorporan Leopoldo Estrella y Jacinto Cuecaro. Finalmente, con el número VIII, de julio de 1918, el Colegio queda conformado de la siguiente manera: Roberto Romariz Elizalde, Presidente; Luis Magnanini, Secretario General; Santiago Biggi y Juan Probst, Secretarios; Miembros: Juan Rómulo Fernández, Álvaro Melián Lafinur, Ventura Pessolano, Tomás D. Casares, Jorge M. Rohde, Leopoldo Estrella; Jacinto Cuecaro y Miguel Bomchil.

⁹ Al respecto, puede verse el artículo de Jorge Dotti, «Notas sobre la influencia de la filosofía italiana en la «reacción antipositivista» en Argentina», en: F. Devoto y G. Rosalí (comps.), *L' Italia nella società argentina*, Roma, Centro Studi Emigrazione, 1988. Para un análisis de la crisis del positivismo en uno de sus nucleamientos principales ver: Alejandro Rossi, «Los primeros años de la *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencia y Educación*: la crisis del positivismo y la filosofía en la Argentina», en: *Entrepasados. Revista de Historia*, Año VI, N° 12, Buenos Aires, principios de 1997, pp. 63 –80.

Novacentismo y antipositivismo

Desde un comienzo, el pensamiento del Colegio Novacentista se instalaba en un difícil equilibrio entre el reconocimiento de algunos aspectos de la tradición cultural en la que fueron formados y el rechazo de su imperio aún vigente en el país, tanto en lo que tiene que ver con sus ideales y valores como en lo que respecta a los hombres que los encarnaban. Contra ese medio intelectual se levantaba el movimiento de reacción que representaban, entendido como un capítulo más de las acciones rebeldes que en su momento inspiraron al Cristianismo, al Renacimiento, al Romanticismo y al Positivismo. Se inscribían así en una tradición manifiestamente ecléctica que privilegiaba el espíritu de oposición contra toda forma de pensar establecida como principio moral que debía guiar la actividad intelectual.¹⁰

El discurso y la conferencia inaugural del Colegio, llevada a cabo el 21 de julio de 1917, estuvieron a cargo de Julio Noé y José Gabriel. Allí, Julio Noé, manifestaba la aspiración de rever el legado cultural del siglo XIX, al tiempo que señalaba la urgencia de ponerse en armonía con las corrientes ideológicas del siglo XX.¹¹ Por su parte, José Gabriel, el más joven de los miembros, apuntaba a analizar la situación de la juventud de esos años en la que, según entendía, prevalecía una actitud irónica frente a la vida como resultado de un ambiente intelectual pobre y atrasado. A partir de tal diagnóstico, convocaba a los jóvenes a recuperar el espíritu de la generación del '37, que supo oponerse a las ideas dominantes de su tiempo en condiciones políticas muchos más adversas que la que ellos mismos debían atravesar.¹²

El novacentismo, en tanto, aparecía definido por oposición al positivismo antes que como afirmación de un nuevo sistema filosófico basado en principios admitidos por todos:

«[...] Novacentismo quiere ser suerte de nombre o seña de la actitud mental de unos cuantos hombres de hoy –nuevos y del novecientos– a quienes no conforma ya el catón intelectual vigente. Por éste catón entiéndese el positivismo. Positivismo es, pues, por lo pronto, lo contrario al Novacentismo».¹³

Para esta reacción, José Gabriel encontraba inspiración en el idealismo crítico de Cohen y en el intuicionismo de Bergson antes que en otras corrientes del antipositivismo que también circulaban en la Argentina a través de Benedetto Croce, Giovanni Gentile, José Ortega y Gasset y William James.¹⁴ La impronta de Henri Bergson –leído

¹⁰ «Manifiesto del Colegio Novacentista», en: *Cuaderno*, I, julio de 1917, pp. 1-3.

¹¹ Julio Noé, «Discurso», en: *Cuaderno*, I, pp. 4-5.

¹² José Gabriel, «Discurso sobre el Colegio Novacentista», en: *Cuaderno*, I, pp. 10- 11.

¹³ Idem, p. 13. El subrayado es del autor.

¹⁴ Ver al respecto el mencionado artículo de Jorge Dotti, en el que se hace referencia a la influencia cultural italiana en la reacción antipositivista en la Argentina, particularmente, a través de C. Alberini. En op. cit., p. 60.

por intermedio de la glosa de Manuel García Morente– en José Gabriel quedaba expresada en el énfasis puesto en la oposición entre razón y ciencia. Cuestionaba de este modo la pretensión de dominio de todo lo humano por parte de la filosofía positivista, un terreno que, a su entender, debía quedar en manos de la metafísica en la medida que problemas como los del alma, el espíritu, la inteligencia o Dios, por ser el resultado de la creación humana se hallaban fuera de toda experiencia y, debido a ello, del dominio de la ciencia.¹⁵

Particularmente era el poder original y creador del genio, destacado por Carlyle, Nietzsche, Emerson y Guyau, el que no podía ser aprehendido ni por la psicofísica, ni por la psicofisiología, ni por la psicología experimental, ya que por ser consecuencia de un acto básicamente intuitivo se hallaba al margen de toda experiencia física e, incluso, del mismo razonamiento.

Sin embargo, la falta de consenso respecto a lo que se entendía por «novecentismo» obligaba a retomar una y otra vez el interrogante. Las respuestas se sucedían unas a otras reactualizando la sanción de un conjunto de principios genéricos sobre aquello que se negaba pero rehuendo permanentemente la estabilización unívoca de cualquier definición afirmativa. Así, en el número III de la revista, la pregunta volvía a centrarse en un acuerdo con respecto de aquello que se rechazaba:

«No queremos continuar bajo el dominio de doctrinas agotadas, no queremos estabilizarnos en la meta que alcanzó la generación dueña ahora de la cátedra, [...], no queremos reducir nuestro ideal a la lucha económica ni a la brega política».¹⁶

Cuál era el credo destinado a reemplazar a ese positivismo ochocentista empeñado en mecanizar el mundo y materializar al hombre. La respuesta no podía ser más equívoca: «Dios dirá».

Más precisos eran, en cambio, cuando se trataba de definir el campo de los adversarios, dentro del cual la figura de Ingenieros –a quien Juan Probst calificaría de hispanófobo y come frailes– aparecía rápidamente como un referente.¹⁷ La polémica con la Revista de Filosofía dirigida por José Ingenieros se iniciaba en el primer número de Cuaderno con una nota crítica de Vicente D. Sierra a un artículo de Francisco Fernández titulado «Filosofía ilusionista o filosofía biológica», en la que se acusaba al espiritualismo por definir la existencia y dominio de la entidad espíritu careciendo para ello de prueba científica.¹⁸

¹⁵ José Gabriel, «Discurso sobre el colegio Novecentista», cit., pp. 16-17.

¹⁶ La Redacción, «¿Qué es el novecentismo?», en: *Cuaderno*, III, diciembre de 1917, p. 129.

¹⁷ Juan Probst, «Comentario sobre *La evolución de las ideas en la Argentina*», en: *Cuaderno*, VII, enero de 1919, p. 67.

¹⁸ Vicente D. Sierra, en: *Cuaderno* I, p. 55. Cabe consignar que

el mismo autor, pocos años antes, había escrito en la *Revista de Filosofía* una filosa crítica contra Manuel Gálvez por su novela *La Maestra Normal*, en particular por sus comentarios contra la educación laica. Cf. A. Rossi, «Los primeros años de la *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencia y Educación: la crisis del positivismo y la filosofía en la Argentina*», op. cit., p. 76.

En el mismo registro, demostrando la capacidad articuladora que ejercía el rechazo del imperio de la ciencia para el conocimiento del espíritu humano, José Gabriel polemizaba con E. Zuccarini por una nota publicada en *La Patria degli Italiani*, en la que su autor acusaba a los novecentistas de tener detrás suyo a los curas y de contar con Ortega y Gasset como su sumo sacerdote. El rechazo de Gabriel a la impugnación de Zuccarini era sin duda sincero, pero –como se revelaría posteriormente– parecía no percibir un rasgo de la institución de la cual formaba parte que no tardaría en mostrarse dominante.¹⁹

Este tipo de artículos programáticos de la revista manifestaban una continuidad engañosa de las ideas del grupo que se proyecta hasta el final de la experiencia, cuando ya nada quedaba de la inspiración original. Una muestra de ello se encuentra en los argumentos esgrimidos en «El novecentismo argentino (A propósito de un ataque a su manifiesto)». Allí se reiteraban los tópicos originales para responder a la controversia planteada por Pallarés Acebal, quien cuestionaba al Colegio por no contar con una figura consagrada; por carecer de un sistema y una metafísica; por la ausencia de novedad en sus ideas, lo que los convertía en exponentes de un movimiento regresivo; y, finalmente, por representar una modalidad de espíritu ajena a la política.²⁰

La respuesta del Colegio ofrecería una nueva oportunidad para volver programáticamente al módulo antipositivista como núcleo unificador y retomar su auto de fe juvenilista. Sus comentarios hacían hincapié, en este caso, en la finalidad moral de la filosofía que el positivismo no podía plasmar –a pesar de los esfuerzos del Ingenieros de El mal metafísico– por concebir al hombre como una fuerza inactiva y determinada. El acento puesto en la libertad del hombre para actuar y elegir, retomando la idea kantiana de la «finalidad sin fin» –que entienden ya había sido anticipada por Tomás de Aquino– era lo que convertía a su movimiento intelectual en una novedad para un país en el que siempre había dominado la filosofía materialista, desde el sensualismo de Condillac a la ideología de Destutt de Tracy y el agnosticismo de Spencer.²¹

Si bien la filosofía neo-kantiana era ahora un puente para retornar al pensamiento escolástico, permitiéndonos reconocer cambios respecto a la filiación filosófica dominante en el comienzo –la matriz bergsoniana de Gabriel– predomina, de todos modos, una continuidad basada en un consenso tramado a partir de un conjunto de principios manifiestamente vagos pero, por ello mismo, comúnmente admitidos. De este modo lograban sostener internamente los débiles vínculos que los unían, al tiempo que creaban un canal a través del cual podían encontrar aliados en empresas afines con las cuales compartían el mismo espíritu antipositivista o, al menos, una similar predisposición a usar esa filosofía como trinchera desde la cual oponerse a

¹⁹ El artículo de Zuccarini se titulaba «Dotta ignoranza», el comentario de José Gabriel en: *Cuaderno*, 1, pp. 57-58; también ver: «La barbarie cultural», en el mismo número, pp. 61-64.

²⁰ El Colegio Novecentista, «El novecentismo argentino (A propósito

de un ataque a su manifiesto)», en: *Cuaderno*, VIII, julio de 1919, pp. 115-145.

²¹ *Idem*, pp. 122-123.

quienes controlaban los espacios académicos que aspiraban a conquistar.

En el primer sentido sus aliados eran el Instituto Social de Conferencias, el Museo Social Argentino y La Institución Cultural Española, responsable de la llegada al país de Ortega y Gasset, Ramón y Cajal, Menéndez Pidal y Rafael Altamira. Una muestra de las expectativas que había despertado el primero de los nombrados en el ambiente intelectual porteño se encuentra en la momentánea paralización de la calle Viamonte, después que el público asistente a su conferencia sobre la Crítica a la razón pura de Kant rebasara el espacio disponible al efecto en la Facultad de Filosofía y Letras porteña.²²

También entre sus aliados se hallaban algunos intelectuales aislados como Carlos Ibaguren, de quien se publicó en el número III de Cuaderno la conferencia que pronunció en uno de los famosos banquetes organizados por la revista *Nosotros* el 6 de setiembre de 1917.²³ Allí, Ibaguren anunciaba que la catástrofe de la guerra había puesto fin a un siglo dominado por la ciencia omnipotente y la burguesía, desarrollada bajo la bandera de la democracia.

En el segundo sentido, el frente de aliados prefigurado por el combate en los claustros académicos los encontraba junto a publicaciones inspiradas por jóvenes idealistas²⁴ y a intelectuales de peso en la campaña por la reforma, como Alejandro Korn, de quien se publicaba «Incipit vita nova».²⁵ Como Ibaguren, Korn entendía que la guerra había puesto de manifiesto las consecuencias nefastas de una ciencia carente de sentido ético. Pero, a su entender, la Gran Guerra no solamente generaría la descomposición del positivismo sino también la del socialismo que había fundado su teoría –el materialismo histórico– en aquella filosofía. La alternativa para el socialismo, de acuerdo a Korn, era abandonar ese concepto materialista de la experiencia que, al suprimir la libertad de los hombres, eliminaba una de las condiciones indispensable para fundar una ética.²⁶

La intención de convocar a sectores que se hallaban en una batalla similar por la ocupación de espacios universitarios los autorizaba, incluso, a publicar notas cuya inspiración filosófica los ubicaba en las antípodas del novecentismo. En este sentido, el artículo de Rómulo Carbia titulado «La revisión histórica de nuestro pasado», era particularmente reveladora de dicha actitud.²⁷ Mientras Ventura Pessolano, uno de

²² Tulio Halperin Donghi, *Vida y muerte de la República verdadera*, Buenos Aires, Ariel, 2000, p. 85.

²³ Carlos Ibaguren, en: *Cuaderno*, III, pp. 179-180.

²⁴ Nos referimos a revistas como: *Verbum* del Centro de Filosofía y Letras, dirigida por Juan Probst; *Hebe*, dirigida por Ernesto Méndez y Novillo Quiroga; *Revista Nacional*, dirigida por Mario Jurado y Julio Irazusta; la *Revista del Ateneo Hispanoamericano*; y la uruguayaya *Pegaso*.

²⁵ Alejandro Korn, «Incipit vita nova», en: *Cuaderno*, IV, febrero de

1918, p. 38. El artículo había sido tomado de la revista *Atenea*, de la sociedad de ex-alumnos del Colegio Nacional de La Plata.

²⁶ Lecturas que ponían el énfasis en la regeneración moral y de ideales que traería aparejado el conflicto europeo que podían, incluso, ser compartidas por José Ingenieros, entre otros. Al respecto: T. Halperin Donghi, *Vida y muerte de la República verdadera*, op. cit., pp. 55-73.

²⁷ Rómulo Carbia, «La revisión histórica de nuestro pasado», en: *Cuaderno*, V, abril de 1918, pp. 69-72.

los miembros más influyentes del Colegio, entendía que la función de la historia era la de sugerir ideales colectivos al pueblo, cumpliendo de ese modo una misión moral y cívica a la vez;²⁸ Rómulo Carbia, luego de filiar la obra de la «nueva escuela histórica» a la desarrollada por el Colegio, demostraba que la única coincidencia se hallaba en el esfuerzo puesto en desacreditar a los hombres del «ochocientos».

En su artículo Carbia criticaba a los historiadores del siglo pasado por entender la historia del mismo modo que Pessolano, es decir, como «maestra de vida», privilegiando de ese modo la especulación ética sobre la búsqueda de la verdad. Por el contrario, Carbia entendía que la única finalidad de la historia era la verdad y que, para acceder a ella, era preciso basarse en los métodos y técnicas de investigación histórica que la escuela alemana –aquella que Pessolano consideraba inferior en sus reconstrucciones a La canción de la luna de Sapho– había transmitido a través del *Leherbuch* de Berheim.²⁹

«La historia –decía Carbia– es conceptuada hoy como una ciencia que logra formular leyes abstractas que concurren a su formación, y puede figurar en el conjunto de las disciplinas que, como la geología, estudian fenómenos de sucesión, siempre únicos y característicos, y que para merecer la consideración de los analistas, no han de menester de más».³⁰

La preocupación de Carbia por fundar las aspiraciones profesionales de la «nueva escuela histórica» en la posesión de un método de investigación científica, no podía estar más lejos de la inspiración ideológica del Colegio. Por éste motivo, sin entrar en polémica con los jóvenes historiadores, Adolfo Korn Villafaña tomaba partido por Paul Groussac en su enfrentamiento con R. Carbia, R. Levillier y Diego L. Molinari. En defensa del viejo bibliotecario, Korn Villafaña alertaba contra el injusto trato que Groussac había recibido: «Hoy sus contemporáneos lo llaman el injusto, más las generaciones del futuro lo aclamarán precursor».³¹

De todos modos, esto no impediría que la llegada de Ricardo Levene –otro de los miembros de la «nueva escuela histórica»– a la cátedra, sea considerado un triunfo del novecentismo, poniendo en evidencia una vez más la subordinación de los principios

²⁸ Ventura Pessolano, «Ricardo Rojas, *La Historia de la Literatura Argentina*», en: *Cuaderno*, III, cit., pág. 147.

²⁹ Respecto a éste punto se puede consultar: F. Devoto, «Prólogo», en: *La historiografía argentina en el siglo XXII*, Buenos Aires, CEAL, 1991; y del mismo volumen, N. Pagano y M. Galante, «La Nueva Escuela Histórica: una aproximación institucional, del centenario a la década del '40»; y P. Buchbinder, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, Eudeba, 1997.

³⁰ R. Carbia, op. cit., p. 72. El subrayado es del autor.

³¹ Adolfo Korn Villafaña, «Paul Groussac», en: *Cuaderno*, V, pp. 100-101. Incluso, agregaba Korn Villafaña en manifiesta referencia

a la crítica que Molinari le había hecho a Groussac: «Porque algunos al tocarla se quemaron, han creído que su luz era nimbo sólo de un fuego destructor.[...]¿Por qué no sustituían –ya que la repudiaban– esta antorcha de fuego que iluminó quemando con otra que iluminara sin quemar?» En relación a la polémica entre Paul Groussac y la nueva histórica, se puede ver mi ponencia: «Profesión, objetividad y estilo. El rol de la controversia en la profesionalización de la historiografía argentina», presentada en las VII Jornadas Inter-Escuelas/Departamentos de Historia, Universidad Nacional del Comahue, setiembre de 1999. Mimeo.

filosóficos a los intereses político-institucionales. En efecto, el programa de Levene para el dictado de la Introducción General al Estudio del Derecho podía ser visto como el feliz desplazamiento del derecho positivo y la definitiva rehabilitación del «derecho natural» a partir del «derecho justo» de Stammler, o también llamado «derecho natural de contenido variable».³²

Más preocupados estaban, en cambio, por diferenciarse de reconocidas figuras del nacionalismo idealista que combatían en su mismo terreno. Particularmente, con relación a Ricardo Rojas, que no sólo no los convocaba explícitamente en su «Alianza de la Nueva Generación» sino que, a su juicio, no les reconocía el hecho de haber anticipado su programa. Con menos convicción que ambición autocelebratoria, afirmaban que el manifiesto de Rojas no expresaba, probablemente por ignorancia de su autor, la rigurosidad del pensamiento filosófico novecentista.³³

Ideas y conflictos

Los principios compartidos: el antipositivismo y el interés centrado en desplazar a sus cuadros de las cátedras; la convicción de que era ésta una batalla generacional; y el privilegio de estos acuerdos en las notas programáticas del novecentismo, no lograban ocultar profundas diferencias entre sus miembros, particularmente, entre aquellos más predispuestos a responder a la pregunta «¿qué es el novecentismo?» desde sus intereses personales. En este sentido, dos figuras comienzan a perfilarse como las orientadoras de la institución y la publicación a partir de 1918: Jorge M. Rohde en lo que se refiere a la estética novecentista y Tomás D. Casares respecto a la política.

Era precisamente en el plano de lo estrictamente estético donde el movimiento adscribía a una conciencia americanista, a diferencia del resto del reformismo que proyectaba dicho americanismo también al plano de lo político. Aún así, las raíces del arte americano no se encontraban inscriptas en una tradición continental sino, en cambio, en los antecedentes culturales pre-modernos europeos. Jorge M. Rohde, en «Apuntes estéticos», era el encargado de fijar esta posición contraponiendo a la nociva influencia de la estética europea una estética americana que abrevaba, por un lado, en la tradición hispánica y, por el otro, en la cultura grecolatina y renacentista.³⁴ Recorriendo este camino, el autor señalaba que llegaría el día en el que «[...] la gran familia hispana, unida por el idioma y por el alma, ofrezca al mundo, nuevos mundos».

Si en el patrimonio cultural de la España imperial y clerical encontraba las raíces de una cultura sobre la cual fundar un nacionalismo americanista, era en el legado

³² Luis Magnanini, en: *Cuaderno*, VIII, pp. 188-196.

³³ Ricardo Rojas, «La Alianza de la Nueva Generación», en: *Cuaderno*, VII, p. 5.

³⁴ Jorge M. Rohde, «Apuntes estéticos», en: *Cuaderno*, III, pp.

cultural del mundo clásico –leído en clave renacentista– en el que hallaba bases más sólidas para asentar una estética alternativa a la dominante:

«Yo sólo sé deciros en flaca prosa, que la poesía que sueño y que presiento, tendrá puestos los ojos en el mundo antiguo y recogerá de allí sus fulgores y sus gracias para ataviar el sol del novecientos».³⁵

Uno de lo pocos que, de acuerdo a Rohde, se habían acercado mejor a este ideal era Angel Estrada, en su libro *Las tres gracias*, reflejando un sueño de belleza propio del renacimiento en cuanto a la expresión del sentimiento religioso. Sin embargo, el gran pecado de Estrada era no haber percibido aún el sentimiento de patria reflejado en nuestro pasado colonial, como sí, en cambio, lo había logrado Martín Coronado en *La chacra de Don Lorenzo*.

Esta preocupación por instituir sobre bases sólidas una conciencia nacional que preveía en riesgo de disolución, era compartida por otro de los pocos integrantes que permanecerían en el Colegio hasta el último número de *Cuaderno*. Para Ventura Pessolano, el principal flagelo que presentaba la cultura argentina radicaba en lo que definía como el «problema educacional», resultado de un Estado que había instrumentado una escuela utilitarista tras cuyas paredes se abroquelaba el positivismo, dando como resultado una educación triste, fría y amoral.³⁶ Pero, si de fundar una nueva educación se trataba, el modelo sobre el cual la escuela debía construirse se hallaba nuevamente en las formas universales de la Edad Media. Sobre esa base, la escuela debía tender a la formación de la conciencia y el carácter nacional, erradicando la «historia negra» de la conquista y concediéndole a España un lugar central en el relato sobre el origen y destino de nuestra nación, porque esa «es la historia de nuestra raza, sangre y espíritu».³⁷

Con una inspiración similar, pero con un mayor énfasis en el indigenismo, Pablo Della Costa (h) convocaba a la «chusma argentina» a expulsar de su sangre el contenido mulato, hebreo y moro, retomando a partir de allí un cauce forjado por la sangre de la virgen charrúa, por Esparta y por Roma.³⁸

A partir del tercer número de la revista, coincidiendo con la llegada de Rohde y Casares a la Secretaría de la institución y con el desplazamiento de Noé de la presidencia, el módulo nacionalista, hispanista y católico se irá convirtiendo en dominante. De este modo, comenzaría a quedar poco lugar para los intereses intelectuales que habían manifestado originalmente Julio Noé y José Gabriel, quienes en los dos primeros números de la revista habían desarrollado duras críticas contra figuras consagradas del nacionalismo nativo al estilo de Leopoldo Lugones y, particularmente, del nacionalismo católico reflejado en la figura de Manuel Gálvez.³⁹

133 y ss.

³⁵ Idem, p. 135.

³⁶ Ventura Pessolano, «El problema educacional», en: *Cuaderno*, IV, p. 79.

³⁷ Idem, p. 82.

³⁸ Pablo Della Costa (h), en: *Cuaderno*, IV, pp. 15-16.

³⁹ Nos referimos a la crítica de José Gabriel al *Libro de Paisajes* de Leopoldo Lugones y de Julio Noé a *La sombra del convento*, de Manuel Gálvez. En: *Cuaderno*, I, p. 51 y *Cuaderno*, II, pp. 103-105, respectivamente.

Al mismo tiempo, un cierto decadentismo –ya mencionado en la crítica que les hiciera en su momento Pallarés Acebal– irá tiñendo el conjunto de la producción. A diferencia de Gabriel, que entendía que la poesía del mañana sería el resultado de la superación de las formas hegemónicas hasta el momento, pero asumiendo sus aportes expresados en la simpatía romántica y la medida positivista; para Rohde, el mañana deseado no era otro que el inmediato retorno a un pasado remoto.⁴⁰

Dicho «decadentismo» se afirmaba también en el rechazo de los valores difundidos por la modernidad, tanto en lo relacionado al avance de la técnica como a sus resultados inmediatamente políticos. Ambos aspectos encontraban su síntesis en el culto exclusivo al goce estético tal como se reflejaba en el fenómeno social del cinematógrafo, a la vez, producto de esa «atroz burguesía» cuyo plebeyismo había provocado que: «[...] las clases que debieran considerarse dirigentes en el sentido intelectual, se achaten por un prurito de falsa democracia». No era entonces la igualdad social la que cuestionaba –a la que entendía una de las principales conquistas de los tiempos– sino, en cambio, la utopía de una supuesta nivelación intelectual, cuya expresión literaria se hallaba representada en la literatura social de Tolstoi y Ruskin, en tanto que en la Argentina asumía el molde degradado del folletín.⁴¹

En el mismo sentido, Ventura Pessolano al comentar la reciente publicación del libro *Cantos* de Jorge M. Rohde, veía en él la recuperación del valor cívico de la poesía que ya había anticipado Guido y Spano, presagiando el retorno a su verdadero lugar de la aristocracia del espíritu, ahora que había fracasado la democracia de la plaza pública.⁴²

Si bien la concepción estética permitía vislumbrar el rumbo político que iba tomando el novecentismo, su posición se iría definiendo con mayor nitidez a partir de la segunda mitad del año '18. La publicación del número VI de la revista, coincidió con el momento de mayor compromiso político del Colegio, impulsado por las consecuencias de la posguerra en Europa; las noticias sobre los acontecimientos en Rusia y la Reforma Universitaria.

⁴⁰ El horizonte estético de Gabriel se hallaba en el teatro de Maeterlink contrapuesto a las figuras más exitosas de la escena nacional, ejemplificadas en Emilio Berisso, con sus absurdas tramas y rudimentarias construcciones. En tanto, Rohde, se refugiaba en Leonardo Da Vinci y Cervantes: «[...] los dos son cruzados del ideal, y tales cruzadas nunca descansan, porque el ideal es de esencia inmutable, que «renace» siempre y jamás se apaga[...]», en: *Cuaderno*, VIII, p. 151.

⁴¹ Jorge M. Rohde, «Conferencia en la comida organizada en el club del Progreso como homenaje al recién recibido, Dr. Tomás D. Casares» (22/10/1918), en: *Cuaderno*, VII, pp. 106-109.

⁴² Ventura Pessolano, «Discurso», en: *Cuaderno*, VI, p. 189. Por otro

lado, la comunidad del pensamiento de Pessolano con el de Rohde quedaba expresada en la genealogía construida para homenajear al poeta: «Dialogó con los demiurgos platónicos, oyó la voz de la mujer de Martinea, bebió hidromiel en las hidras de Tyrinto y aprendió el secreto de bicelar en las crenchas de las Venus inmortales», ídem, p. 191. Por su parte, Rohde, cierra el sistema de bombos mutuos que consolida el triángulo de poder con su elogio a Casares, «Ulpidiano en el espíritu de la jurisprudencia; Platón en el conocimiento de las cosas humanas y divinas y, [...] más tarde lo hallamos en la Edad Media, erróneamente llamada «la noche de los tiempos», donde recoge el hilo conductor de sus ideas en Santo Tomás», Jorge M. Rohde, en la mencionada conferencia, p. 109.

La editorial de ese número estaba dedicada a vincular el novecentismo con el «socialismo ético» de Alejandro Korn que, inspirado en Jaurés y Labriola, había comenzado a revisar el materialismo histórico para fundar las legítimas aspiraciones económicas de los hombres en una ética.⁴³ De este modo, a su juicio, había llegado el momento para que el socialismo comenzara a corregir el error cometido en su momento por Marx, preciso en la denuncia de la explotación capitalista y equivocado al anteponer la solución científica a una solución ética.

El punto de encuentro, que permitía conciliar novecentismo y socialismo, se hallaba en la *Rerum Novarum* de León XIII y en la posibilidad de reconocer objetivos compartidos como resultado de la acción reparadora de la guerra. La guerra, también para ellos, representaba el necesario hundimiento de la cultura occidental a la vez que anunciaba su recuperación sobre la base de nuevos valores morales y principios éticos opuestos a una era dominada por el utilitarismo materialista y el individualismo manchesteriano.

La apuesta a fortalecer el lazo con la izquierda será todavía más contundente en el apoyo que José María Monner Sans le dedica a una «Revolución Roja, que avanza y que respeto». Expresión que no parecía entrar en contradicción para su autor con la satisfacción que sentía al proferirla en el Club del Progreso. Una institución que él mismo definía como la representación más acabada de «la vieja y aristocrática tradición porteña».⁴⁴

Habría que esperar hasta el siguiente número de Cuaderno para comprobar que el clima de agitación que estos sucesos habían generado comenzaría a ser contenido por llamados a la mesura debidos a las derivaciones que comenzaba a mostrar la Revolución Rusa. Monner Sans sería calificado en las ácidas apostillas de Lapsislázuli –un espacio dedicado más a desprestigiar a quienes habían sido hasta entonces compañeros de ruta que a criticar a los viejos adversarios positivistas– como «[...] un joven que corre el peligro de hacer su primer millón antes que su primer libro».⁴⁵ En tanto que Tomás D. Casares le dedicaba a Monner Sans la publicación de una conferencia que había pronunciado un año antes, en la época en la que presidía el Ateneo de Estudiantes Universitarios, distinguiéndolo como un antiguo compañero, «[...] hoy que se ha definido tan categóricamente nuestra oposición intelectual».⁴⁶

Un malestar similar generó en algunos miembros del colegio la carta que Adolfo Korn Villafañe le envía a Fray Zenón Bustos y Ferreyra. En ella, su autor cuestionaba las críticas que el sacerdote cordobés le había formulado al movimiento maximalista europeo. De acuerdo a Korn Villafañe, el Obispo de Córdoba no había comprendido aún el mensaje contenido en la Encíclica de León XIII, cuyas consecuencias para la Iglesia no dudaba en asimilar a las que, en su momento, generó Lutero con sus críticas

⁴³ La Redacción, «El socialismo ético», en: *Cuadernos*, IV, pp. 3-8.

⁴⁴ José María Monner Sans, en: *Cuaderno*, VI, p. 194.

⁴⁵ Lapsislázuli, «La vida síntesis», en: *Cuaderno*, VIII, p. 169.

⁴⁶ Tomás D. Casares, en: *Cuaderno*, VIII, p. 163.

⁴⁷ Adolfo Korn Villafañe, «Contestación a la pastoral de S.S.I. Fray Zenón Bustos, Obispo de Córdoba», en: *Cuaderno*, VII, pp. 50-52.

al papado paganizado.⁴⁷ De este modo, Korn Villafané se enfrentaba con el vocero de la reacción conservadora encabezada por la curia cordobesa contra el movimiento reformista.⁴⁸

Nuevamente, Lapislázuli será el encargado de amonestar a los desviados: «El irredimido no es una novela, sino un torso de novela, ¿será por eso que no tiene ni pies ni cabeza?»; y, «Lo único que sabe hacer Korn Villafané: Frases...». Por su parte, Jorge M. Rohde, sin considerar la prohibición de los Estatutos del Colegio al debate entre sus miembros, amonestaba al mismo autor por una crítica que éste había dirigido a Amado Nervo, a la que consideraba indigna de un joven estudiante que «comienza a balbucear en ruda prosa sus inquietudes intelectuales».⁴⁹ Como en el caso Monner Sans, la crítica evitaba hacer referencia a las diferencias políticas e ideológicas para asentarse en una impugnación que recaía en los valores éticos y literarios del oponente.

Por su parte, Tomás D. Casares será el encargado de corregir las desviaciones que en algún momento los acontecimientos europeos y ahora también internos habían creado en algunos miembros del Colegio. En «El maximalismo», Casares señalaba que la guerra había creado un desequilibrio en la organización social de las naciones europeas, quedando sostenidas por un único punto de apoyo: el proletariado civil y el proletariado militar.⁵⁰ En este contexto, los estallidos de Rusia debían ser entendidos como un movimiento de reacción contra la ambición capitalista a la que los obreros habían contrapuesto su descontento y rencor.⁵¹

Sin embargo, poco había que esperar de un movimiento que actuaba por oposición pero se inspiraba en la misma tradición cultural que su alter-ego, la burguesía. Otra alternativa se vislumbraba en Europa, recogiendo aspectos positivos del maximalismo como la solidaridad colectivista y la justicia social: la del catolicismo social en Francia y Bélgica; la del obispo Ketteller en Alemania y de la Encíclica *Rerum Novarum* en Roma, a la que calificaba como Carta Magna de los obreros y Código Penal de los capitalistas.⁵²

Así, particularmente a partir de la Semana Trágica de enero de 1919, el reformismo social de raíz católica emergía como alternativa frente a quienes, aun en el novecentismo, se sentían atraídos por el maximalismo bolchevique, en los primeros momentos de la Revolución Rusa. En este aspecto, Casares abandonaba cualquier esperanza de retorno a una edad dorada en beneficio de implementar respuestas inmediatas tendientes a modificar las condiciones sociales que, en el presente, alertaban sobre las consecuencias que su persistencia podían provocar en un futuro cada vez más incierto.⁵³

⁴⁸ En efecto, el obispo cordobés había condenado a la juventud reformista definiéndola en una pastoral de la siguiente manera: «[...] se echaron a la calle con la revolución. Llamaron e incorporaron en sus filas a niños y obreros y a toda clase de personas, de las que nada saben de libros, de estudios, de títulos académicos, ni de ciencias y quizás no sabían que existiera en Córdoba la Universidad ni conocían su destino». Citado en: J.C. Portantiero, op. cit., pp. 46-47.

⁴⁹ Jorge M. Rohde. «Otra», en: *Cuaderno*, VIII, p. 188.

⁵⁰ Tomás D. Casares, «El maximalismo», en: *Cuaderno*, VII, p. 41.

⁵¹ Idem, p. 43.

⁵² Idem, p. 49.

⁵³ En una perspectiva similar a la de Tomás D. Casares, Franceschi en *La Democracia y la iglesia* (1919), impugnaba el materialismo marxista y el liberalismo por ser ambos ajenos a toda ética. Sin embargo, rescataba del liberalismo sus avances en el plano de la democracia y la ampliación de los derechos civiles. Ver: T. Halperin Donghi, op. cit., pp. 128-129.

De todos modos, a pesar de la intención de Casares y Rohde de orientar los principios que debían guiar al novecentismo, los conflictos de la primera mitad del año '19 tornaron imposible la continuidad de la publicación. Mientras Lapislázuli continuaba cuestionando los valores de los miembros originales,⁵⁴ uno de los nuevos, Juan Probst –que entre febrero y julio de ese año había abandonado la secretaría– atacaba a Casares. Probst, que había acusado en su momento a Ingenieros de hispanófobo y come frailes, ahora encontraba que el caso del autor de *La religión y el Estado*, revelaba la fuerza hipnotizadora de la Santa Iglesia Católica con su concepción de un imperio universal-teocrático expuesto en la Bula de Bonifacio III. Filosofía ajena al idealismo, en la medida que tenía como consecuencia inmediata el sacrificio de la personalidad y la libertad en beneficio de la universalidad absoluta.⁵⁵

Si la evaluación de los sucesos internacionales podía generar debates en el novecentismo era fundamentalmente porque ese clima exterior era asumido como un horizonte probable en lo inmediato para el país. Particularmente preocupante a partir del análisis de una emergente conflictividad social y de la vigencia de un movimiento reformista que no se agotaba en sus reclamos estrictamente universitarios.

Novecentismo y Reforma Universitaria

Nos queda, en éste último punto, hacer referencia a otro de los principios inicialmente compartidos por los miembros del Colegio Novecentista: aquél que desde la crítica juvenilista al ambiente intelectual imperante culminaría en el apoyo al movimiento de la Reforma Universitaria. Un acontecimiento que, al igual que la Revolución Rusa, obligaría a redefinir posiciones y a resaltar las divergencias internas.

Es preciso en este momento advertir brevemente sobre las diversas condiciones que enmarcaron la Reforma en las Universidades de Córdoba y Buenos Aires. Si bien ambas habían sido modeladas a partir de 1886 por la Ley Avellaneda –a diferencia de la Universidad de La Plata delineada por J.V. González–, su dinámica interna las fue distanciando entre sí. Particularmente, a partir de las huelgas estudiantiles de los primeros años del siglo que culminaron con una primera reforma de los estatutos de la Universidad porteña en 1906 impulsada por Eufemio Uballes, el mismo Rector que doce años después propiciaría una nueva reforma a cuyos cambios sobrevivió.

Por ese motivo, los objetivos del movimiento estudiantil generaron menos conflictos en Buenos Aires que en Córdoba, donde predominaban sectores clericales y tradicionalistas que tornarían más agudos los enfrentamientos, así como más sólidos los bloques enfrentados. En la Universidad mediterránea el apoyo del Estado Nacional, desde la intervención de Nicolás Matienzo, fue indispensable para el triunfo de los

⁵⁴ Lapislázuli, «La vida Síntesis», en: *Cuaderno*, VII, p. 61.

⁵⁵ Juan Probst, «Comentario crítico a *La religión y el Estado*, de Tomás D. Casares», en: *Cuaderno*, VIII, pp. 202-204.

sectores reformistas que, de todos modos, no lograrían desplazar definitivamente al anti-reformismo.

En definitiva, en Buenos Aires la menor resistencia a la Reforma permitió una mayor variedad de matices entre quienes apoyaron desde un primer momento el movimiento, tanto en el claustro docente como en el estudiantil. En el caso del novecentismo, sus críticas estaban dirigidas básicamente a algunos miembros del cuerpo docente, particularmente a aquellos que adscribían a la doctrina positivista y, a la vez, identificaban como representantes de una generación cuyos valores e ideales consideraban irremediablemente superados.

Dos motivos informan sobre su enfrentamiento contra la generación dueña de la cátedra. Por un lado, la apuesta a una inmediata profesionalización concebida como arma de combate contra el diletantismo propio de la intelectualidad latinoamericana, caracterizada por una optimista concepción de la personalidad y por la tendencia a la universalidad del conocimiento.⁵⁶ En el ambiente intelectual argentino, José Gabriel veía claramente reflejado dicho diletantismo en la elección de personalidades como Barroetavena y Alfredo Palacios, cuyo prestigio emanaba de la actividad política, para brindar un homenaje a Almafuerte.⁵⁷ En este sentido, entendían la profesionalización como la emancipación del arte respecto del bufete, de los consultorios, de las oficinas y de los pequeños negocios burgueses.⁵⁸

El segundo motivo, se vinculaba a una concepción del intelectual como sujeto emancipado de la lucha económica y política.⁵⁹ Por lo tanto, las aspiraciones de los intelectuales debían fundarse en una ética. El «heroísmo de los intelectuales», sería así el resultado la decisión de anteponer definitivamente la sinceridad al logro del reconocimiento público⁶⁰ y a una vida universitaria sin trascendencia en la que primaba la conquista del diploma.⁶¹

Es necesario aclarar que la crítica a una profesionalización orientada a satisfacer

⁵⁶ Respecto a algunas características del proceso de profesionalización llevado a cabo en la argentina en los años del centenario, ver: David Viñas, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, CEAL, 1982; B. Sarlo y C. Altamirano, «La argentina del centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos», en: *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, CEAL, 1983; M.T. Gramuglio, «La construcción de una imagen», en: *La escritura argentina*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1992, pp. 37-64.

⁵⁷ José Gabriel, en: *Cuaderno*, II, pp. 106-108.

⁵⁸ Ventura Pessolano, «Comentario a la Historia de la Literatura Argentina de Ricardo Rojas», en: *Cuaderno* III, p. 143. El autor, entendía que la supremacía profesional sobre el ejercicio amateur no debía ser una concesión del Estado sino el resultado de la ley de la oferta y la demanda. Otros testimonios hacen referencia aún

para 1924 al ambiente criticado por Pessolano: «Profesores hay que dividen su vida en quince ocupaciones diferentes: se levantan a las seis de la mañana, tienen una clase matutina en La Plata, en Quilmes o en el Tigre; vuelven de esos lugares para redactar una nota en el periódico vespertino; almuerzan en catorce minutos, atienden el consultorio, el bufete o los empleos; dan otras dos o tres horas de clase por la tarde; hacen esgrima en algún club, escriben uno o diez libros a la vez; (...).», Luis María Jordán, *Cartas de un extranjero*, Buenos Aires, 1924, p. 92.

⁵⁹ José M. Rohde, «Apuntes estéticos», p. 129.

⁶⁰ Ventura Pessolano, «Comentario a la *Historia de la Literatura Argentina*», pp. 145-146. El autor de la nota se basa en este punto en el libro de Vaz Ferreyra: *Moral para los intelectuales*.

⁶¹ Walter Elena, «Discurso de homenaje a Rodó», en: *Cuaderno*, VIII, p. 182-183.

expectativas ajenas al conocimiento se hallaba muy extendida en la época. En parte, porque en una sociedad que comenzaba a conferirle autoridad a la posesión de un título, su obtención podía ser vista como un camino posible para el ascenso social de todos aquellos que provenían de la clase media inmigrante o nativa, aun cuando sus objetivos no tuvieran siempre la posibilidad de verse satisfechos.⁶² Una similar crítica al profesionalismo se encontraba en el «Manifiesto Liminar» de la juventud reformista escrito por Deodoro Roca. Allí también se denunciaba a una sociedad que tenía por ley común la producción material y el lucro, dando como resultado una Universidad que se había convertido en una «fábrica de títulos».⁶³

En definitiva, la actitud ambivalente expresada por los novecentistas respecto a la profesionalización era notablemente compartida. Por un lado, en la profesionalización opuesta al diletantismo se asentaba la resolución de desplazar a quienes ocupaban las cátedras sin contar con méritos estrictamente académicos.⁶⁴ Por el otro, dicha profesionalización debía aspirar a consagrar los méritos exclusivamente intelectuales y académicos en contraposición a cualquier aspiración niveladora en lo social, político o económico.

La reacción contra ese ambiente intelectual superficial, carente de ideal y positivista, se revelaría contundentemente en la carta que Adolfo Korn Villafañe le dirigió a Antonio Dellepiane, el 31 de diciembre de 1917, publicada con el título de «Carta Novecentista», en el número III de Cuaderno:

«Todos los estudiantes de Buenos Aires se rien de usted. El desprestigio más profundo se vincula al concepto de la personalidad intelectual y de la enseñanza de usted y si alguno –alumno o colega suyo– afirma lo contrario, sepa señor, que no le habla de buena fe. Cumplo, pues, en el penoso deber novecentista, de insinuar a usted la urgente necesidad y alta conveniencia de renunciar cuanto antes a las cátedras que inmerecidamente ocupa usted en la Facultad de Filosofía y Letras y de Derecho y Ciencias Sociales, para que sea posible entregar la enseñanza de esas materias a una cabeza más apta y de preparación menos superficial».⁶⁵

⁶² Magali Sarfatti Larson, ha demostrado la relación existente entre la ideología de la función del experto y la contradicción existente entre posibilidades ampliadas de acceso a la educación en un contexto de desigualdades planificadas que presenta la educación superior para el caso de los Estados Unidos. Magali Sarfatti Larson, «El poder de los expertos: ciencia y educación de masas como fundamentos de una ideología», en: *Revista de Educación*, N° 285, Madrid, enero-abril de 1988, pp. 165 y ss.

⁶³ Roca Deodoro, op. cit.

⁶⁴ La Ley Avellaneda había propiciado una fuerte dependencia de las universidades con respecto al Poder Ejecutivo Nacional, tanto en lo relativo a la conformación de sus Consejos Académicos, como a la aprobación de sus planes de estudio y partidas presupuestarias.

Algunas de estas condiciones se habían modificado desde 1906, pero no aquella relativa a la selección de profesores titulares, que eran designados por el ejecutivo nacional a partir de una terna conformada por los Consejos Directivos de las facultades. Para un análisis del funcionamiento de los cuerpos orgánicos universitarios en los años previos y posteriores a la reforma: P. Buchbinder, «El movimiento reformista de 1918: una perspectiva desde la historia interna de la Universidad de Buenos Aires», en *Estudios Sociales, Revista Semestral Universitaria*, N° 19, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2000, pp. 37-63.

⁶⁵ Adolfo Korn Villafañe, «Carta Novecentista», en: *Cuaderno*, III, p. 177.

Esta carta pública inauguraba una batalla contra la generación precedente en la que se sentían acompañados por el Ateneo Universitario que todavía presidía Casares, pero de la cual quedaban exentos otros exponentes de la generación vetusta que, como Carlos Ibarguren, se hallaban a salvo de la corriente de demolición regeneradora por la afinidad de ideas que lo unían con el espiritualismo.⁶⁶ De allí que el decidido apoyo al movimiento de Córdoba –cuya paternidad intentan reclamar– se sustentara, para algunos novecentistas, en un objetivo centrado en el derrocamiento de la doctrina positivista y la afirmación de los valores idealistas, antes que en la participación en el gobierno universitario o en el cambio del régimen para el acceso a las cátedras.⁶⁷

Así lo entendía Jorge M. Rohde cuando hablaba en representación del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras desde una tribuna que compartía con Juan Agustín García y Alejandro Korn durante el acto de asunción de las nuevas autoridades. Para Rohde, la reforma no era otra cosa que la plasmación de las ideas novecentistas y, con ellas, el retorno a las inmortales fuentes de la filosofía griega. Allí parecía culminar para él la Reforma y, dando por clausurada ya esa etapa, se apresuraba a afirmar que había llegado el momento de la restauración del clima universitario a los moldes previos al movimiento.⁶⁸

Un nuevo pacto con la generación que habían combatido se avizoraba como resultado del temor que despertaba en algunos jóvenes intelectuales la orientación que tomaban los sucesos. En junio de 1919, Hector Ripa Alberdi, con motivo de la inauguración de una sede del Colegio en la Plata, rechazaba la idea de que el novecentismo reflejara algún odio o sentimiento negativo hacia los hombres del siglo XIX. Por el contrario, decía Ripa Alberdi, «Mucho respeto guardamos por esos hombres que no piensan como nosotros[...]». Volver a cerrar filas con sus padres fundadores parecía ser la condición para resistir a un enemigo aún más peligroso: «Le dimos la libertad al pueblo, abandonamos las bridas, y ahí va [...]».⁶⁹ La democracia plebeya representada por el radicalismo, junto a las reacciones provocadas por los acontecimientos europeos y la permanencia de los reclamos que provenían de sectores reformistas radicalizados, preocupaban a aquéllos cuyas expectativas de renovación no implicaban la necesaria ejecución de algún paso hacia adelante.

Por ese motivo, Tomás D. Casares calificaba el entusiasmo que mantenía la juventud como un peligro, ya que al verse arrastrada por la política transgredía los límites propios de los legítimos reclamos estudiantiles. Por ello convocaba a sus compañeros a regresar a las aulas para volver a ocupar su lugar en los círculos de estudio y no ya en la tribuna. Si en algún momento había creído que la universidad

⁶⁶ En efecto, Carlos Ibarguren se mantendría como uno de los máximos referentes del movimiento, a pesar de que su acceso a la cátedra de Historia Argentina en calidad de profesor titular era una clara muestra de los vicios del sistema. Su caso, en 1912, había generado un conflicto promovido por dos profesores suplentes (Mariano de Vedia y Mitre y David Peña), que fueron excluidos de la terna enviada al Poder Ejecutivo por el Consejo Directivo de la

Facultad de Filosofía y Letras.

⁶⁷ El Colegio Novecentista, «El conflicto universitario de Córdoba», en: *Cuaderno*, V, p. 102.

⁶⁸ Jorge M. Rohde, «Discurso», en: *Cuaderno*, VII, pp. 33-34.

⁶⁹ Hector Ripa Alberdi, «Discurso», en: *Cuaderno*, VIII, pp. 177-184.

era el escenario para la realización externa de las aptitudes juveniles, ahora estaba convencido que el camino a recorrer por los estudiantes era el de la meditación y la cultura.⁷⁰ De este modo, anticipaba las críticas que, 10 años después en la revista *Criterio*, realizaría contra los resultados «nefastos» de la participación estudiantil en el gobierno universitario.⁷¹

Así se abría un tercer momento en el decurso del Colegio que se reflejaba en el protagonismo que irían tomando en la publicación los conflictos entre sus miembros, haciendo mella la orientación de la nueva dirección sobre la figura de Casares y estando en el centro las diferentes posiciones que sus miembros tomaban respecto de la Reforma Universitaria. No otro que este destinatario tenía la decisión de publicar el Manifiesto del Ateneo Universitario –institución presidida por Tomás D. Casares hasta poco tiempo atrás– que se justificaba en ese momento por haberse liberado finalmente el Ateneo de los espíritus reaccionarios con los que contaba en un comienzo.⁷² Los principios que el Ateneo de Estudiantes Universitarios esbozaba en su manifiesto no podían estar más lejos de los pregonados por su anterior presidente, a la vez que se afirmaban en aquellos tópicos reformistas que Tomás D. Casares consideraba más peligrosos: autonomía de la educación superior; acercamiento entre pueblo y Universidad; laicidad de la enseñanza y respeto de todas las religiones, separación entre la Iglesia y el Estado; anticlericalismo y antimilitarismo; apoyo a los trabajadores en la lucha entre el capital y el trabajo; oposición a la democracia electoralista; y promoción de un sentimiento «sano y amplio» de argentinidad.

En el año 1919, la coexistencia de dos líneas internas irreconciliables en el último número de la revista daba cuenta de los límites que tenían los acuerdos iniciales que habían sellado sus miembros. Si en un primer momento la indefinición respecto a que se entendía por novecentismo había logrado subordinar las divergencias, la inevitable toma de posición frente a la Revolución Rusa y la Reforma Universitaria fracturaba el frente común constituido en torno a la reacción antipositivista y la oposición a los hombres del «ochocientos». No era entonces la imagen compartida de un mundo en descomposición la que los separaba sino, en cambio, las diversas posiciones con respecto a la dirección que debían tomar los acontecimientos hacia el futuro.

Reflexiones finales

A pesar de que en ningún momento los conflictos internos se expresaron con total claridad hemos intentado describir el proceso que llevó a imponer el control de Jorge M. Rohde y Tomás D. Casares a partir del número III de la revista hasta la gestación de una nueva batalla interna impulsada por quienes ingresaron al Colegio Novecentista

⁷⁰ Tomás D. Casares, «Discurso», en: *Cuaderno*, VIII, p. 163.

⁷¹ Buchbinder, Pablo, op. cit., pág. 44.

⁷² «Manifiesto del Ateneo Universitario», en: *Cuaderno*, VIII, cit., pp. 196 a 198.

a partir de julio de 1918.

Durante esos años, si bien el módulo aglutinador del antipositivismo se mantuvo firme hasta el final, conflictos externos originados en el clima de la posguerra europea y la revolución bolchevique motivaron una toma de posición con relación a cuestiones estéticas y políticas que originaron fracturas entre los miembros. Conflictos que se profundizarían cuando los objetivos de la reforma fueron cubiertos para algunos en tanto que, para otros, los ideales que lo inspiraron obligaban a mantener una continuidad en las acciones políticas dentro y fuera de los claustros. Estos motivos propiciaron la desertión de muchos de sus cuadros y el lento desgranamiento de la experiencia novecentista.

Finalmente, hemos puesto en evidencia la multitud de matices que convergieron en la reacción antipositivista argentina y en la Reforma Universitaria. Para ello, hemos pretendido distinguir una vertiente decadentista y reaccionaria del reformismo así como también del espiritualismo, con el fin de discutir tanto la supuesta homogeneidad de las aspiraciones juveniles como la asimilación genérica del espiritualismo a una vanguardia nativa previa a la de los años '20.⁷³

Tulio Halperin Donghi, ha señalado que: «fue la versión progresista del juvenilismo la que logró hechar raíces en un sector significativo de la sociedad argentina, que precisamente porque consolidó su presencia en la vida nacional bajo el signo del progresismo, iba a apegarse tenazmente a él hasta mucho después que se disipase el temple colectivo del cual ese progresismo había brotado».⁷⁴ Sin embargo, no hay duda que la otra versión, tradicionalista y católica, iba también a mantener una vigencia un tanto velada durante la década del '20 para reaparecer con aires antirreformistas a fines de esa década y, más firmemente, tras el golpe de Uriburu en 1930.

⁷³ Me refiero a la interpretación del conflicto entre positivismo y antipositivismo que propone Jorge Dotti, entendido como la sustitución de un paradigma anquilosado por otro que se configura en vanguardia, «a su manera». Jorge Dotti, *op. cit.*, p. 60.

⁷⁴ T. Halperin Donghi, *op. cit.*, p. 103.

Registro bibliográfico

EUJANIAN, ALEJANDRO

«El novecentismo argentino: reformismo y decadentismo.

La revista *Cuaderno* del Colegio Novecentista, 1917-1919», ESTUDIOS SOCIALES. *Revista Universitaria Semestral*, Año XI, N° 21, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, segundo semestre 2001 (pp.83 - 105).

Descriptores

Novecentismo / Modernismo / Anti-Positivismo / Decadentismo/
Juvenilismo / Revolución